

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

El amor que se aleja

Tanto es mi amor por todos mis amores, que en el jardín de la existencia mia a verlas marchitarse cada día preferí siempre deshojar sus flores.

Cuando más encendidos sus colores mueran en su triunfante lozanía, ¡más triste que la muerte es la agonía de un amor, entre dudas y temores!

Triste fin de un amor cuando engañoso quiere fingir que a su pesar nos deja, y más ofende cuanto más piadoso!

Y qué lograra la importuna queja del ofendido corazón celoso! Quién detiene al amor cuando se aleja?

Jacinto Benavente

La obsesión de morir

En un periódico norteamericano planteaba hace poco tiempo un sabio bondadosamente confronto ante el porvenir de la humanidad, el problema que para la salud de las razas constituirán los millones de hombres de pauperados en el persistente horror de la guerra. El sabio acusaba el peligro de que esos hombres débiles, quebrantados por el rigor belicoso, invadidos por males y flojeras, perdida la fuerte sanidad en la vida de las trincheras, en el hambre de los sitiós, en las penalidades de las marchas por los montes nevados y por los llanos abrasadores bajo el sol, cuando la paz sobrevenía, mezclen su sangre debilitada y empobrecida, en el torrente nacional, y la nueva generación sumida con taras y miserias, inata para la lucha, padeciendo la maldición de esta contienda bárbara.

Y el sabio da la solución consubstancial para estos problemas de la engeniosidad: cohibir el amor de los depauperados, negarles el derecho a aquerir, en toda la satisfacción completa de esta ansia. Es preciso velar por la vida de los que han de venir.

Sin embargo... El mejor tratamiento para la Vida no es pensar en ella. La vida, como la felicidad, no debe sentirse ni medirse; en cuanto se advierte, comienza a ser amargada. Ocurre lo mismo que con el bigado o el peritoneo, por ejemplo. A la mayor parte de los mortales les decís que tienen peritoneo y lo toman a broma; no poseen de ello ni la menor sospecha. Hasta que sobreviene una infeción, pongamos por caso, no dan cuenta de que estuvieron paseando la tal membrana por el mundo adelante, desde que nacieron.

La idea de la vida no puede existir ni suscitar como automáticamente, la idea de morir: como el calor

no existiría sin el frío, ni el día sin la noche. Pensemos, pues, en la vida, es entenbrecerla, el ideal sería resbalar por ella como por un plano inclinado, dulce, voluptuosamente, sin enterarse de que se estaba viviendo.

Pero no puede ser; y aún a esta misma imposibilidad física, fisiológica, añadimos otros refinamientos de tortura. Día tras día, año tras año, centuria tras centuria, hemos luchado contra la Muerte con una inextinguible ansiedad de derrotarla. La Muerte era primero algo misterioso que tenía más comentaristas en el terreno de lo fantástico que en el de la razón. Los mitos tenían su base o su cumbre perdida en las sombras densas de la muerte. Los hombres buscaban primero remedios de naturaleza análoga e imprebaron de los sacerdotes el sortilegio que había de vencer a lo sobrenatural. Luego, sobre la primera noción positiva, ya con temor firme donde ahincarse, nos hemos lanzado a arrancar a la intrusa velos y velos, todos los que la envolvían y la ocultaban en supersticiones, para hallar, al fin, su corazón y para cubrir la horrible realidad de su desnudez y el laberinto espantable de sus senderos, por lo que se nos acerca escondida y cauta: un nuevo jardín de los suplicios, escalofriante y brutal.

Pero hemos insistido. Hay que defender la vida. A veces pensamos que cualquier antecesor nuestro de hace unos cuantos siglos era más feliz, porque algo había en él de ese resbalamiento por la existencia. Un día enfermaba y lo exorcisabas y se moría. Mas no estaba como mosquitos — ¡ay! — condenado en plena salud al horror de saber que en el aire que respiraba había unos microbios incombustibles, y en el vaso de agua que bebía otros microbios; y otros en los labios de

la mujer que besaba, y en las manos del amigo... y la trichina en el jamón y la tuberculosis en la leche; y el tifus en una fruta apetitosa.

PARIS y la GUERRA

LA TRISTEZA DEL DOMINGO

Mucho se ha hablado de la tristeza del "Domingo en Londres". Sobre el "Domingo en París" no se ha hecho tanta literatura. Pero os aseguro que en tiempos de guerra y bombardeo, el Domingo parisino no tiene nada que envidiar al londinense.

Nada. Ni la melancolía.

Este Domingo de abril nos brinda una tarde gris, opaca y fría. Las gentes aprovechan con avidez algún que otro fugaz rayo de pálido sol... Caminan por jardines y paseos con esa característica tristeza con que marchan las colectividades en días festivos... La sensación es penosa.

— ¿Qué hacer? — nos decimos. — Dónde ir para matar el tedio? — ¿Cómo huir de estos ciudadanos presentes?...

Una idea paradójica y salvadora nos asalta. ¡Por qué no ir con ellos! — ¡Por qué buscar siempre algo extraordinario? — ¡Es que no está ya harto "aclimatado" en todas partes?...

Seguimos nuestro paseo. Las jaulas de los bichos están, en su mayor número, vacías. La guerra ha reducido el presupuesto y muchos animales han muerto de hambre. Los que aún quedan vivos nos miran interrogantes con ojos dulces, como diciéndonos: "Vamos con los buenos burgueses".

ses, con las madres gordas, con las jovencitas honestas, con los niños vestidos "de marinero".... Vamos al Jardín de Plantas.

Entramos en el Jardín de Aclimatación.

Nuestra vista se detiene en una gran estufa de cristales que se abre junto a la misma puerta de entrada. Es el "Palacio de invierno". Penetramos con curiosidad, y ¿qué es lo primero que vemos?... ¡Un animal raro!... ¡Una planta extraña!... ¡Un valioso ejemplar zoológico!... ¡Un valioso ejemplar zoológico!... Lo primero que vemos es un "cine".

Con su continuo y monótono tintineo un timbre eléctrico llama a la concurrencia. Hombres, mujeres y chiquillos, que fueron al jardín con intención de admirar la naturaleza en sus exóticos ejemplares, entran en la sala a presenciar "Las aventuras del conde de Montecristo".

— Hay nada más absurdo?... — ¿Qué hace un "cine" en un parque de aclimatación?... — Es que no está ya harto "aclimatado" en todas partes?...

Seguimos nuestro paseo. Las jaulas de los bichos están, en su mayor número, vacías. La guerra ha reducido el presupuesto y muchos animales han muerto de hambre. Los que aún quedan vivos nos miran interrogantes con ojos dulces, como diciéndonos: "Vamos con los buenos burgueses".

el contrato respectivo dicha compañía está obligada a poner medidor para controlar el consumo.

— A petición del Jefe de Obras públicas mandó pagar la suma de \$ 247, por gastos de materiales eléctricos, etc., — luego por indicación de la presidencia acordóse también pagar el sueldo de los peones que acompañan en su labor al inspector o electricista encargado de revisar las instalaciones eléctricas en la ciudad.

— Concedióse una beca para la Escuela de Bellas Artes al señor Antonio Bellolio, acordándose asignar la cantidad correspondiente en el presupuesto del año próximo.

— Mandóse reembolsar al señor J. Vargas Franco la suma de \$ 12 que le cobró de más al Tesorero por concepto del servicio de agua potable en su casa situada en la esquina de las calles Chimborazo y Vélez.

— De acuerdo con la opinión del comisionado del ramo, se mandó a plazas para el año próximo la prolongación de la cañería madre del agua potable hasta las calles Sucre y Los Ríos.

— Rebagóse a \$ 2 los derechos de espectáculos correspondientes a la Compañía dramática que trabaja en nuestro Coliseo.

— Pasó a segunda discusión un proyecto de Ordenanza presentado por el concejal doctor Castro pidiendo se nombre un inspector de tráfico para atender de manera especial el rodaje de coches, autos, etc.

— Se opuso el concejal señor Reina manifestando que eso es recargar aún más la exhausta caja municipal, que para atender a ese servicio hay dos comisarios municipales y una enorme cantidad de celadores y más empleados de la policía municipal.

— Aceptóse la renuncia del doctor Carlos Carrera del cargo de ayudante del Laboratorio municipal.

— En tercera discusión aprobáronse las Ordenanzas de reglamento sobre ganado menor y el que reglamenta el servicio de la enfermería de la Cárcel pública.

— Se procedió a la elección del ayudante del Laboratorio, resultando elegido el señor Luis T. Moche. Obtuvo 2 votos el señor J. J. Valverde.

— A petición del Comisionado de finanzas se mandó pagar al señor Alejandro Madiny Lascano la suma de \$ 4.010 correspondiente a un pagaré firmado a su favor a 6 meses de plazo con el 9 ojo para la expropiedad de una faja de terreno en la calle Rocafuerte.

— Se levantó la sesión a las 8 p. m.

Nostalgia de azul

Para tus alas. Azul, azul, tan claro y tan sereno ¿Qué bondad fulge en tu celeste raso, que hasta el ángel del mal detiene el paso, llorando la nostalgia de ser bueno?

Bajo tu paz olvido este terreno y efímero penar en que me abrasi, y ser quisiera como un santo vaso para encerrar tus luces en mi seno!

Viertes sobre el dolor como un bendito olvido, y cuando tu celeste calma en el humano corazón destellas,

Parece que, fragante de infinito, la voz de Dios desciende a nuestra alma desde el silencio azul de las estrellas !

Francisco Villaespesa

EL NUEVO DECAMERON

Noche de bombardeo en París.

En una cava de refugio.

Entonces el viejecito qui se parecía a Diógenes sentóse sobre un tobelo y dijo:

— Señoras y señores: nos hallamos casi en la misma situación de esos personajes de Boccaccio, refugiados en un jardín solitario mientras que la peste asediaba a Florencia. Era para espantar su aburrimiento y olvidar sus males que ellos se contaban esas bellas historias que están reunidas en el Decamerón. ¡Por qué no hacemos nosotros como ellos? Si ustedes gustan, comenzaré yo!

• Aprobado por todos este discurso, el viejo habló de esta manera:

FIDELIDAD

En otro tiempo existía en Mantua una gentilhombre llamado Benedicto. Tenía mucho ingenio y una fortuna considerable: dos cosas que rara vez se encuentran juntas.

Acababa de casarse con una joven llamada Beatriz y, según la costumbre del país, se dirigió a su casa con la mujer en ancas de su cabalgadura.

Era en el atardecer de un espeluznante verano. Ya el incendio del paciente doraba la falda de las colinas y el silencio nocturno envolvía los

árboles del valle. El caballo de Benedicto iba al paso, y dos hermosos lebres brincaban a su rededor.

A la entrada de un bosque, los jóvenes desposeidos vieron aparecer un caballero armado hasta los dientes. Llevaba un casco a la antigua, que semejaba el morro de un león irritado, y una armadura milanesa, de oro y plata, incrustada de piedras. El descomunal se detuvo:

— Vuestra pregunta, repuso Benedicto, no me sorprende; si os parecen, haremos con los perros lo que hicimos con la mujer. Ellos pertenecean a aquél a disputárosela con la espada.

— Señor, le dije a Benedicto, tenéis una bella mujer y debéis dármasela. De lo contrario me vere obligado a disputárosela con la espada.

— Yo no soy un tirano, replicó Benedicto, y le tengo horror a las violencias. Que mi mujer decida a ena de los dos quiere seguir.

— No había terminado de pronunciar esas palabras, cuando Beatriz saltó a tierra y corrió hacia el desconocido.

— Está bien, dijo Benedicto, y continúo su camino.

Una vez a solas con su raptor, Beatriz se tornó pensativa.

— Señor, le dije ella, estoy feliz de pertenecerlos, mas tengo en pesar. Quiero muchísimo esos dos lebres blancos que van brincando delante de mi esposo, y ya que sois tan fuerte, alcañadlo y exigidélos. Ei, sin

duda, os los dará con la misma facilidad con que medió a mí.

El caballero temió que fuera a aquello una trampa y frunció las cejas. Sin embargo, puso al galope su caballo y alejó a Benedicto.

Este continuaba al paso, mirando como el día agonizaba más allá de las montañas. El desconocido le explicó por qué le había dado alejearse.

— Vuestro pregunta, repuso Benedicto, no me sorprende; si os parecen, haremos con los perros lo que hicimos con la mujer. Ellos pertenecean a aquél a disputárosela con la espada.

— Yo no soy un tirano, replicó Benedicto, y le tengo horror a las violencias. Que mi mujer decida a ena de los dos quiere seguir.

— No había terminado de pronunciar esas palabras, cuando Beatriz saltó a tierra y corrió hacia el desconocido.

— Está bien, dijo Benedicto, y continúo su camino.

Una vez a solas con su raptor, Beatriz se tornó pensativa.

— Señor, le dije ella, estoy feliz de pertenecerlos, mas tengo en pesar. Quiero muchísimo esos dos lebres blancos que van brincando delante de mi esposo, y ya que sois tan fuerte, alcañadlo y exigidélos. Ei, sin

duda, os los dará con la misma facilidad con que medió a mí.

El caballero temió que fuera a aquello una trampa y frunció las cejas.

— Vuestro pregunta, repuso Benedicto, no me sorprende; si os parecen, haremos con los perros lo que hicimos con la mujer. Ellos pertenecean a aquél a disputárosela con la espada.

— Yo no soy un tirano, replicó Benedicto, y le tengo horror a las violencias. Que mi mujer decida a ena de los dos quiere seguir.

— No había terminado de pronunciar esas palabras, cuando Beatriz saltó a tierra y corrió hacia el desconocido.

— Está bien, dijo Benedicto, y continúo su camino.

Una vez a solas con su raptor, Beatriz se tornó pensativa.

— Señor, le dije ella, estoy feliz de pertenecerlos, mas tengo en pesar. Quiero muchísimo esos dos lebres blancos que van brincando delante de mi esposo, y ya que sois tan fuerte, alcañadlo y exigidélos. Ei, sin

duda, os los dará con la misma facilidad con que medió a mí.

El caballero temió que fuera a aquello una trampa y frunció las cejas.

— Vuestro pregunta, repuso Benedicto, no me sorprende; si os parecen, haremos con los perros lo que hicimos con la mujer. Ellos pertenecean a aquél a disputárosela con la espada.

— Yo no soy un tirano, replicó Benedicto, y le tengo horror a las violencias. Que mi mujer decida a ena de los dos quiere seguir.

— No había terminado de pronunciar esas palabras, cuando Beatriz saltó a tierra y corrió hacia el desconocido.

— Está bien, dijo Benedicto, y continúo su camino.

Una vez a solas con su raptor, Beatriz se tornó pensativa.

— Señor, le dije ella, estoy feliz de pertenecerlos, mas tengo en pesar. Quiero muchísimo esos dos lebres blancos que van brincando delante de mi esposo, y ya que sois tan fuerte, alcañadlo y exigidélos. Ei, sin

duda, os los dará con la misma facilidad con que medió a mí.

El caballero temió que fuera a aquello una trampa y frunció las cejas.

— Vuestro pregunta, repuso Benedicto, no me sorprende; si os parecen, haremos con los perros lo que hicimos con la mujer. Ellos pertenecean a aquél a disputárosela con la espada.

— Yo no soy un tirano, replicó Benedicto, y le tengo horror a las violencias. Que mi mujer decida a ena de los dos quiere seguir.

— No había terminado de pronunciar esas palabras, cuando Beatriz saltó a tierra y corrió hacia el desconocido.

— Está bien, dijo Benedicto, y continúo su camino.

Una vez a solas con su raptor, Beatriz se tornó pensativa.

— Señor, le dije ella, estoy feliz